

David Foster Wallace

La conversación infinita

Un libro, hasta ahora inédito en español, recoge el encuentro de cinco días que el escritor mantuvo con un periodista de «Rolling Stone» en 1996, como cierre de una gira promocional



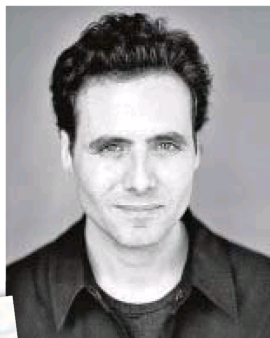
INÉS MARTÍN RODRIGO
MADRID

En marzo de 1996, David Foster Wallace (1962-2008) se encontraba inmerso en la gira promocional de su segunda novela, «La broma infinita». La obra había sido recibida con muy buenas críticas y él estaba en la cima de la fama. Llegar hasta allí no había sido fácil, y Foster Wallace disfrutaba del momento... a su manera. No se sentía cómodo en los saraos literarios, ni con las entrevistas, pero consciente del esfuerzo que Little Brown, la editorial que había publicado «La broma infinita», había hecho, se dejaba llevar (que no hacer). De ahí que aceptara la propuesta de la revista «Rolling Stone»: el reportero David Lipsky (Nueva York, 1965), joven y en lo más alto de la pomada, como Foster Wallace, viajaría con él durante cinco días, en el tramo final del mencionado tour.

El encuentro se materializó. A finales de marzo, Foster Wallace y Lipsky viajaron juntos por varios estados, perdieron algún que otro avión por las inclemencias del tiempo, condujeron por carreteras heladas, sacaron a pasear a los dos perros del escritor, comieron

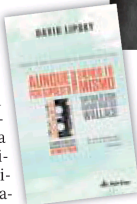
en McDonald's, acudieron a entrevistas... y no pararon de hablar. Pero el artículo resultante no llegó a publicarse. El periodista dejó las cintas olvidadas y no volvió a ver a Foster Wallace. Su experiencia se convirtió en un recuerdo casi alucinatorio, de esos que tienes que esforzarte en revivir cada cierto tiempo para convencerte de que, efectivamente, fue real. Hasta que el escritor murió. Entonces, Lipsky decidió que que la voz de Foster Wallace no podía quedar silenciada en aquel puñado de cintas sin transcribir. El resultado es un libro emocionante y que emociona: «Aunque por supuesto terminas siendo tú mismo» (Pálido Fuego), hasta ahora inédito en España.

En él, la personalidad del escritor se va abriendo, poco a poco, a medida que van pasando las páginas. Reacio y a la defensiva al comienzo, Foster Wallace va perdiendo el miedo escénico, provocado por una tremenda autoexigencia, y, relajado, comienza a hablar. De todo. De la industria editorial, la literatura, la escritura y los autores, por supuesto; pero también de televisión, internet, cine, de-



Un viaje con el genio

David Lipsky (sobre estas líneas) publicó el libro de su encuentro con Foster Wallace en 2010 y la editorial Pálido Fuego lo ha recuperado ahora en español



porte... Y de él mismo, como nunca antes lo había hecho: del consumo de drogas, de su intento de suicidio, de la relación con sus padres y con las mujeres... Foster Wallace, sincerándose en la fortaleza de su soledad.

«Fueron los cinco días más despiertos que he pasado con alguien», confiesa David Lipsky, en conversación vía e-mail con este periódico. «Una vez que intuyes lo que la otra persona dirá o cómo reaccionará, te relajas un poco. Pero con David no puedes predecir, y es lo que hace que su escritura sea tan buena. Así que tenías que estar despierto, y eso fue emocionante. Era simplemente eléctrico. Muy, muy, divertido y luego, de repente, muy agudo».

Carisma y tristeza

Como advierte el periodista y escritor, Foster Wallace ya sabía, entonces, hacia dónde iría la cultura, inmersa en el nuevo universo de las redes sociales. «¿Esa idea de que internet será algo realmente democrático? O sea, quien haya pasado algún tiempo navegando por la Red sabe que eso no va a pasar, porque la Red es absolutamente abrumadora», profetiza, en una de las conversaciones recogidas en el libro. «Era grande y guapo, muy carismático. Odiaba la forma en la que los escritores trataban de ganar puntos fingiendo ser frágiles y vulnerables. Tenía un toque de tristeza, y era muy duro consigo mismo, con una honestidad absoluta», recuerda Lipsky. Esa honestidad resulta dolorosa cuando

Escritor de culto

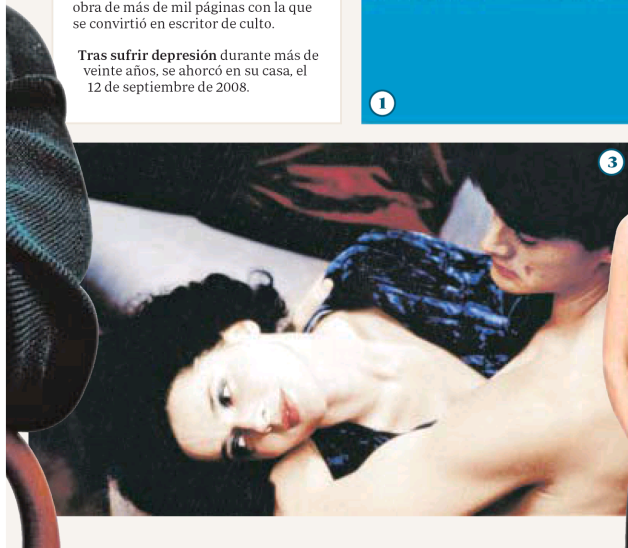
Foster Wallace nació en Ithaca (Nueva York), el 21 de febrero de 1962. Sus padres eran profesores universitarios.

Estudió inglés y filosofía en el prestigioso Amherst College y se especializó en lógica y matemáticas.

«La escoba del sistema», su primera novela, apareció en 1987 y las críticas llegaron a compararle con Thomas Pynchon y John Irving.

En 1996 publicó «La broma infinita», obra de más de mil páginas con la que se convirtió en escritor de culto.

Tras sufrir depresión durante más de veinte años, se ahorcó en su casa, el 12 de septiembre de 2008.



Confesiones

1. La televisión. Foster Wallace podía pasarse horas viendo los videos de la MTV. «La adicción primaria en mi vida ha sido la televisión», dice en el libro.

2. Steven Spielberg. Disfrutaba viendo «películas de cosas que vuelan por los aires» y creía que «las primeras cosas de Spielberg eran mágicas».

3. David Lynch. La «más grande y mayor experiencia filmica» de su vida tuvo lugar cuando vio «Terciopelo azul», de David Lynch, en la escuela de posgrado.

4. Alanis Morissette. Lo primero que vio David Lipsky al entrar en casa del escritor en Bloomington fue un póster enorme de la cantante, su mito erótico.

confiesa que su intención era «hacer esto durante cuarenta años más». «Tengo que encontrar algún modo de disfrutarlo que no implique ser devorado por el oficio, y así ser capaz de hacer otras cosas. Porque con 34 años, estar a solas en una habitación con un pedazo de papel es lo que para mí es lo real», le dice al periodista, mirando con intención la grabadora.

«Su vida era más difícil de lo que yo imaginaba. Su impacto fue similar al de Roberto Bolaño, una nueva manera de escribir. Así que parecía que estaba en el momento adecuado, que había tenido una vida fácil», evoca el periodista. Pero no fue así. Las charlas más intensas protagonizaron las drogas y su intento de suicidio, por el que estuvo hospitalizado una semana. «No me importa que se sepa que estuve en vigilancia por riesgo de suicidio. Lo que no quiero es que esto se convierta en un rollo romántico, sensacionalista, de artista atormentado», le advierte a Lipsky. Poco después, cuando el reportero, tras recibir una llamada de Nueva York, trata de presionarle para que confiese su supuesta adicción a la cocaína, Foster Wallace se sincera: «Cada vez era más infeliz. Cuanto más infeliz era, más cuenta me daba de estar bebiendo mucho más.



La película de la discordia, basada en el libro: «The end of the tour»

En 2015 se estrenó «The end of the tour», película de James Ponsoldt basada en el libro de David Lipsky. Protagonizado por Jason Segel, en el papel de Foster Wallace, y Jesse Eisenberg, como el periodista, el filme no contó con la aprobación de la familia ni de los amigos del escritor. De hecho, el crítico y periodista del

«New York Times» Glenn Kenny escribió un artículo en «The Guardian» titulado «Por qué 'The End of the Tour' no trata realmente de mi amigo David Foster Wallace». Sin embargo, y pese a la modesta taquilla (unos 3 millones de dólares), la cinta recibió elogiosas críticas y logró dos nominaciones a los Spirit Awards.

Y en la bebida no había ningún placer. Era un analgésico. Tan sólo quería estar amurmeado y embrutecido a todas horas. Pero los motivos de esa infelicidad no tenían demasiado que ver con las drogas ni el alcohol».

Pero Lipsky también se llevó sorpresas. Más allá de descubrir que Foster Wallace leyó cinco veces «El señor de los anillos» siendo adolescente y que a los nueve años empezó una novela sobre la Segunda Guerra Mundial, el periodista destaca que, pese a ser una persona «segura socialmente, magnética», vivía solo con dos perros y de «la manera más descuidada». «Podía hablar a través de la prosa de sus libros, pero eso no le daba confianza. No era mejor que nadie construyendo una relación amorosa. Y entendió hacia dónde nos dirigíamos, y lo que significaba estar vivo», sentencia.

Consciente de que «el temor es la condición básica» del ser humano, lo que más le aterraba a Foster Wallace era que llegara ese momento en el que «empiezas a darte cuenta de que nada es suficiente». Ese momento llegó, el 12 de septiembre de 2008, cuando se ahorcó en su casa de Claremont (California). Ningún placer fue suficiente, ningún logro. Pese a todo lo conseguido. Y lo que le quedaba por conseguir.